

El progreso del Peregrino (XV)

Continuación

LOCUACIDAD - Eso mismo digo yo: hablar de esas cosas es muy provechoso, porque por ahí puede un hombre llegar al conocimiento de otras muchas, como son la vanidad de las cosas mundanas y el provecho de las celestiales. Esto en general; y descendiendo a particularidades, puede un hombre aprender la necesidad del nuevo nacimiento, la insuficiencia de sus obras, su necesidad de la justicia de Cristo, etcétera. Además, puede aprender en esta conversación lo que es arrepentirse, creer, orar, sufrir, y cosas por el estilo. Puede también enterarse de cuáles son las grandes promesas y consuelos del Evangelio para su propio solaz, y, por fin, puede llegar a conocer cómo se han de refutar las falsas opiniones, defender la verdad e instruir a los ignorantes.

FIEL - Mucha verdad es todo esto y mucho me gusta oír de usted tales cosas.

LOCUACIDAD - ¡Ay! La falta de esto es causa de que tan pocos entiendan la necesidad de la fe y de la obra de la gracia en su alma para alcanzar la vida eterna, y que vivan por ignorancia en las obras de la ley por las cuales en manera alguna puede el hombre llegar al reino de los cielos.

FIEL - Pero voy a decir, con permiso de usted, que el conocimiento espiritual de estas cosas es don de Dios. Ningún hombre las alcanza por sólo los esfuerzos humanos o por hablar de ellas.

LOCUACIDAD - Lo sé muy bien, porque nada podemos obtener que no sea dado de arriba. Todo es de gracia, no por obras; centenares de textos hay para confirmación de esto.

FIEL - Bueno; vamos ahora a girar nuestra conversación sobre un tema particular.

LOCUACIDAD - Sobre lo que usted quiera; hablaré de cosas celestiales o de cosas terrenales, de cosas morales o cosas evangélicas, de cosas sagradas o profanas, de cosas pasadas o venideras, de cosas extranjeras o del país, de cosas más esenciales o más accidentales. Y siempre con la condición de que todo se haga para provecho.

FIEL - (Maravillándose y acercándose a Cristiano, porque todo este tiempo había andado un poco retirado de ellos.) ¡Qué buen compañero hemos encontrado; de seguro este hombre será un excelente peregrino!

CRISTIANO - (Sonriéndose modestamente.) Este hombre de quien estás tan agradado es capaz de engañar con esa lengua a una veintena de los que no le conozcan.

FIEL - ¿Es que le conoces?

CRISTIANO - Sí; le conozco, y mejor que él se conoce a sí mismo.

FIEL - Pues, ¿quién es?

CRISTIANO - Se llama Locuacidad, y vive en nuestra ciudad; extraño que no le hayas conocido; supongo que es por ser tan grande la ciudad.

FIEL - ¿De quién es hijo, y hacia, dónde vive?

CRISTIANO - Es hijo de un tal Bien-Hablado, y tenía su casa en el callejón Parlería, y sus amigos le conocen con nombre de Locuacidad; pero, a pesar de su agraciada lengua, es persona de poco más o menos.

FIEL - ¡Pues parece hombre bastante decente!

CRISTIANO - Sí, para los que no le conocen; porque parece mejor cuando está de viaje; en casa es otra cosa muy diferente. Cuando has dicho que parecía muy decente, he recordado lo que pasa con la obra de algunos pintores, cuyas pinturas tienen más vista a cierta distancia; pero que de cerca son muy poco agradables.

FIEL - No sé si tomar a chanza todo lo que estás diciendo, porque te veo sonreírte.

CRISTIANO - No quiera Dios que yo me agrade en este asunto, aunque me has visto sonreírme, ni permita Dios que yo acuse falsamente a nadie. Te voy a decir más todavía sobre él. Este hombre se acomoda a cualquier compañía y a cualquier modo de hablar: lo mismo que está hablando ahora contigo, hablará cuando esté en una taberna. Cuanto más licor tiene en la cabeza, tanto más charla estas cosas. La verdadera religión no existe ni en su razón, ni en su casa, ni en su

Los enemigos de Fiel



1. Cristiano le preguntó a Fiel si no había visto el Palacio Hermoso en la cima del collado. "Sí," contestó Fiel, "y los leones, pero dormían. Pasé por en frente del portero y descendí al valle."



2. "En el Valle de la Humillación me encontré con un tal Descontento. Me dijo que al irme por allí desobedecería a Orgullo, Amor Propio y a mis otros amigos que me haría ver como un tonto."



3. "Le dije que yo los habla rechazado. También me encontré con Vergüenza. Él hacía objeción contra la religión misma. Una conciencia tierna, decía, no era propia del varón y hacía que uno fuera el objeto de la burla de todos."



4. "Entonces pensé: 'El pobre que ama a Cristo es más rico que el más rico del mundo que le aborrece.'"



5. "Difícilmente pude librarme de su compañía. De continuo me insinuaba cosas al oído. Pero por fin lo pude dejar atrás y canté de puro gozo."

vida; todo lo que tiene está en la punta de su lengua, y su religión consiste en hacer ruido con ella.

FIEL - ¿Lo dices de veras? Entonces estoy muy engañado con este hombre.

CRISTIANO - Sí; créeme con toda seguridad; estás muy equivocado; acuérdate del adagio "Dicen y no hacen", "porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en virtud". Habla de la oración, del arrepentimiento, de la fe y del nuevo nacimiento; pero nada de ello siente, no hace más que hablar; yo le tengo bien estudiado y observado, tanto en su casa como fuera de ella, y sé que lo que digo de él es la verdad. Su casa es tan falta de religión, como lo está de sabor la clara del huevo. Allí no hay oración ni señal alguna de arrepentimiento del pecado, y los irracionales, en su manera, sirven a Dios mucho mejor que él. Él es la misma mancha, oprobio y vergüenza de la religión para todos los que le conocen. Apenas se puede oír por culpa de él una palabra buena en favor de la religión en todo el barrio donde vive; es ya un dicho común allí: "un santo fuera y un demonio en casa". Su pobre familia lo conoce muy bien, pues le ve tan grosero y tan iracundo para con todos, que ni saben qué hacer para agradarle, ni cómo hablarle. Los que tienen con él algún negocio, dicen, sin esconderse, que desearían más habérselas con un turco que con él, pues hallarían más honradez en un sectario de Mahoma. Si puede, no se escapan de él sin engañarlos, defraudarlos y abusar de ellos. Lo peor del caso es que está educando a sus hijos a seguir sus pasos, y si huele en alguno de ellos algún necio temor (pues así llama a la primera señal de sensibilidad en la conciencia), los pone de torpes, necios y estúpidos hasta más no poder; se niega a ocuparlos en nada, y hasta resiste recomendarlos a nadie. Por mi parte creo firmemente que, por su vida malvada, ha sido causa de que muchos tropiecen y caigan; y si Dios no lo impide, será la ruina de muchos más.

FIEL - Bien, hermano, debo creerte, no sólo porque me has asegurado que le conoces, sino también porque, como Cristiano, darás verdadero testimonio de los hombres, porque no puedo pensar que digas estas cosas por odio o mala voluntad.

CRISTIANO - De no haberlo yo conocido, tal vez desde el principio hubiera tenido el mismo concepto de él que tú; si hubiera oído tal noticia solamente de los que son enemigos de la religión, todo lo hubiera tenido por calumnia, pues eso es lo que ordinariamente sucede en las bocas de los malos contra los nombres y profesión de los buenos. Pero cuanto he dicho, y mucho más, puedo probártelo a ciencia cierta. Además, se avergüenzan de él los buenos; no le quieren ni por hermano, ni por amigo, y el sólo nombrarle entre ellos, si le conocen, los hace sonrojarse.

FIEL - Bueno. Ahora conozco que el decir y el hacer son dos cosas muy distintas, y de aquí en adelante tendré más presente esta distinción.

CRISTIANO - En efecto; son cosas tan distintas como el alma y el cuerpo; porque como el cuerpo sin el alma no es más que un cadáver, así el decir, si está sólo, es también sino un cadáver; el alma de la religión es la parte práctica; "la religión pura y sin mácula delante de Dios y Padre, es esta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha de este mundo". Locuacidad no lo entiende así; piensa que el oír y el hablar hace al buen cristiano, y así tiene engañada a su propia alma. El oír no es más que la siembra de la palabra, y el hablar no es bastante para demostrar que hay fruto realmente en el corazón y en la vida. Y debemos estar bien seguros de que en el día del juicio serán juzgados los hombres según sus frutos. No se les preguntará: ¿creísteis?, sino ¿practicasteis?, y según esto habrá de ser su juicio. Por eso el fin del mundo es comparado a la siega. Y sabes muy bien que los hombres en la siega no consideran más que los frutos. Esto no quiere decir que se pueda aceptar algo que no sea de fe; pero digo esto para mostrarte cuán poco valdrán en aquel día las profesiones y protestas de Locuacidad.

FIEL - Esto me hace recordar el dicho de Moisés cuando describe la bestia limpia. Es aquella que tiene las pezuñas hendidas y rumia; ha de reunir las dos circunstancias: tener hendida la pezuña y rumiar; no basta lo uno sin lo otro. La liebre rumia, pero es inmunda, porque no tiene las pezuñas hendidas, y esto es lo que pasa a Locuacidad: rumia, busca conocimientos, rumia sobre la palabra; pero no tiene las pezuñas hendidas, no se aparta del camino de los pecadores, sino a

semejanza de la liebre: tiene el pie de perro o de oso, y, por tanto, es inmundo.

CRISTIANO - Has expuesto, en cuanto se me alcanza, el verdadero sentido evangélico de estos textos, y añadiré otro pensamiento. Pablo llama a los que son grandes habladores "metal que resuena y címbalo que retiñe". Es decir, como lo explica en otra parte: "cosas inanimadas que hacen sonidos". Cosas sin vida; es decir: sin la fe y la gracia verdaderas del Evangelio, y, por consecuencia, cosas que nunca podrán ser puestas en el reino de los cielos entre los que son hijos de la vida, aunque el sonido que hacen hablando sea como la de la lengua o la voz de un ángel.

FIEL - Por eso, al principio no me agradó mucho su compañía; pero ahora estoy hastiado de ella. ¿Cómo haremos para deshacernos de él?

CRISTIANO - Sigue mi consejo y haz lo que te digo, y pronto se fastidiará él también de estar a tu lado, a no ser que Dios toque su corazón y lo convierta.

FIEL - ¿Qué quieres que haga?

CRISTIANO - Oye, acércate a él y entra en algún discurso serio sobre el poder de la religión; y cuando lo haya aprobado, porque así lo hará, pregúntale indirectamente si es eso lo que él practica en su corazón, en su casa y en su vida.

Entonces Fiel, acercándose otra vez a Locuacidad, le dijo:

FIEL - Vamos, ¿qué tal va ahora?

LOCUACIDAD - Gracias, bien; aunque yo esperaba que hubiésemos hablado mucho más.

FIEL - Si usted quiere, nos dedicaremos a ello ahora, puesto que usted dejaba a mi elección proponer el asunto, propongo éste: ¿Cómo se manifiesta la gracia salvadora de Dios cuando existe en el corazón del hombre?

LOCUACIDAD - Es decir, que vamos a hablar sobre el poder de la gracia. Excelente cuestión, y estoy muy dispuesto a responder a usted; he aquí en breve mi respuesta: 1.º Cuando existe la gracia de Dios en el corazón, causa en él un gran clamor contra el pecado. 2.º...

FIEL - Vamos despacio: consideremos cada cosa por sí sola. Me parece que debe usted decir más bien que se muestra inclinando al alma a aborrecer el pecado.

LOCUACIDAD - ¿Y qué? ¿Qué diferencia hay entre clamor contra el pecado y odiarlo?

FIEL - ¡Oh! Muchísima; puede un hombre, por política, clamar contra el pecado; pero no puede odiarlo sino en virtud de una piadosa antipatía contra él. A muchos he oído declamar grandemente contra el pecado desde el púlpito, y, sin embargo, lo han podido tolerar bastante bien en el corazón, en la casa y en la vida. Cuánto y con qué energía no clamó el ama de José como si hubiera sido muy casta (Gén. 39:15), y, sin embargo, fue ella la que solicitó y de buena voluntad hubiera cometido el pecado. Los clamores de algunos contra el pecado son como los de una madre contra la niña que tiene sobre la falda: la llama sucia, y acto continuo la abraza y besa.

LOCUACIDAD - Parece que quiere usted cogerme por mis palabras.

FIEL - ¡No, yo no; quiero solamente poner las cosas claras. ¿Y cuál es lo segundo por lo que demostraría a usted la existencia de la obra de la gracia en el corazón?

LOCUACIDAD - Un gran conocimiento de los misterios evangélicos.

FIEL - Esta señal debía usted ponerla la primera; pero, primera o última, también es falsa, porque pueden muy bien obtenerse conocimientos, y muchos, de los misterios del Evangelio, y con todo no tener ninguna obra de la gracia en el alma. Aún más: puede un hombre tener toda ciencia, y, sin embargo, no ser nada, y, por consecuencia, ni hijo de Dios (1 Cor. 13:2). Cuando Cristo dijo: "¿Sabéis todas estas cosas?", y los discípulos contestaron afirmativamente, les añadió: "Bienaventurados sois si las hacéis". No pone la bienaventuranza en saberlas, sino en hacerlas; porque hay un conocimiento que no va acompañado de acción u obra: "el que conoce la voluntad de su amo y no la hace...". Puede, por tanto, un hombre saber tanto como un ángel, y, sin embargo, no ser cristiano; así que la señal que usted ha dado no es verdadera. En verdad, el conocer es lo que agrada a los habladores y jactanciosos; pero lo que agrada a Dios es el hacer. Esto no quiere decir que el corazón puede ser bueno sin conocimiento, porque sin él no vale nada